

Pero no resistiremos á esta tentación. No queremos desgarrar el corazón del público con la pintura de aquellos horribles sufrimientos.

Al día siguiente el pesado coche de Muggeton condujo lenta y tristemente á los dos amigos con la dama abandonada. Las sombras de la noche habían caído sobre toda la Naturaleza cuando llamaron á la puerta de la casa de Dingley-Dell.

CAPÍTULO XI

Otro viaje y un descubrimiento de antigüedad. — Mister Pickwick resuelve asistir á una elección. — Manuscrito entregado por un viejo eclesiástico.

Una noche de reposo y tranquilidad en el profundo silencio de Dingley-Dell, y al día siguiente una hora de inmersión en el aire fresco y perfumado del campo, borraron completamente en Mr. Pickwick las señales de la fatiga que su cuerpo había soportado y de la ansiedad que había soportado su espíritu. Dos días estuvo este hombre ilustre separado de sus amigos, de sus prosélitos, y cuando al volver de su paseo natural encontró á mister Winkle y á Mr. Snodgrass, se acercó á ellos para darles los buenos días con un sentimiento de delicia, que apenas puede ser comprendido por una imaginación vulgar. El placer fué místico. Sin embargo, una nube parecía obscurecer la frente de sus discípulos. Tenía un aire misterioso, tan alarmante como extraordinario. El grande hombre lo notó, más no pudo adivinar la causa.

Después de haber estrechado las manos de los dos amigos y proferido algunas calurosas expresiones de felicitación, Mr. Pickwick les dijo:

—¿Cómo sigue Tupman?

Mr. Winkle, á quien la pregunta iba particularmente dirigida, no respondió. Volvió la cabeza y pareció absorbido en melancólicas reflexiones.

—Snodgrass, — continuó Mr. Pickwick con vivacidad, —¿cómo sigue Tupman? ¿está malo?

—No, — replicó Snodgrass, y una lágrima humedeció su pupila sentimental; no, no está malo.

Mr. Pickwick contempló sucevamente á cada uno de sus amigos.

—¡Winkle! ¡Snodgrass! — les dijo cuando les hubo contemplado bastante, — ¿qué significa esto? ¿dónde está nuestro amigo? ¿qué le ha pasado? Hablad, os lo suplico, os lo mando.

Había en la apostura y en el acento de mister Pickwick una dignidad, una solemnidad á la cual era imposible resistir.

—Nos ha abandonado, — dijo Snodgrass.

—¿Nos ha abandonado? — repitió Mr. Pickwick.

—Nos ha abandonado, — añadió Mr. Snodgrass.

—¿Dónde está? — preguntó Mr. Pickwick.

—Sólo por este escrito podemos sacarlo, — replicó Mr. Snodgrass sacando de su bolsillo una carta y poniéndola en manos de su amigo. — Ayer mañana, cuando recibimos una carta de mister Wardle anunciándonos para la tarde la llegada de su hermana, hemos notado que la melancolía que se había apoderado de nuestro amigo aumentaba más cada vez. Poco después desapareció: le buscamos en vano todo el día, y por la noche nos trajo esta carta el palafrero de la *Corona* de Muggleton. Nuestro amigo la había dejado allí desde por la mañana, recomendándole que no nos la entregara hasta que fuera de noche.

Mr. Pickwick abrió la carta. Era la letra de Tupman y contenía lo siguiente:

«Mi querido Pickwick: Vos que estáis colocado en una región superior á las debilidades humanas, ignoráis que golpe fatal se experimenta cuando uno se ve abandonado por una encantadora, por una fascinadora criatura, y cuando es una víctima de un monstruo que ocultaba la astucia y el vicio bajo la máscara de la amistad. ¡Ah! ¡ojalá no conocáis nunca eso.

»Las que me sean dirigidas á la *Botella de cuero*, en *Cobham Kent*, las recibiré supuesto que exista entonces. Me alejo de una parte del mundo que me es odiosa. Si dejo el mundo entero, compadecedme, perdonadme. La vida, mi querido amigo, me es insostenible. La llama que arde en nuestro interior es como un gancho en que reposa el enorme peso de los cuidados y penalidades del mundo. Cuando esta llama falta, el fardo se hace demasiado pesado para que podamos soportarlo, y caemos agobiados en tierra. Podéis decir á Raquel... ¡ah!... este nombre... ¡qué recuerdo!...

Tracy Tupman.»

—Vamos á partir inmediatamente, — dijo mister Pickwick cerrando la carta. — No hubiéramos podido de

todos modos permanecer decentemente aquí después de los sucesos que han pasado, pero ahora es un deber para nosotros el salir en busca de nuestro amigo.

Pronunciando estas nobles palabras, Mr. Pickwick tomó el camino de la casa.

Comunicó su intención á sus huéspedes. Estos trataron inútilmente de detenerlos.

—Importantes asuntos, — les dijo, — hacen necesaria mi partida.

El viejo eclesiástico estaba presente.

—¿Estáis decidido á abandonarnos? — dijo á mister Pickwick, llevándole aparte; y al oírse responder afirmativamente, continuó:

—Sí es así, tomad este pequeño manuscrito, que esperaba leeros yo mismo. Habiendo perdido á uno de mis amigos, que era médico de un hospital de locos, he encontrado este manuscrito entre muchos otros papeles que me encargó que quemara ó conservara, según mi gusto. No es la letra de mi amigo, y casi estoy por creer que es apócrifo; leedle y juzgad por vos mismo si ha sido realmente escrito por un maniático, ó lo que parece más probable, si los sueños de algunos de esos desgraciados han sido escritos por otra persona.

Mr. Pickwick tomó el manuscrito y se separó del benévolo eclesiástico con mil expresiones de afecto y estimación.

Era empresa más difícil despedirse de los habitantes de la casa donde nuestros viajeros habían sido objeto de atenciones tan delicadas. Mr. Pickwick abrazó á las jóvenes, abrazó á la vieja con ternura filial, y deslizó en la mano de las criadas algunas pruebas substanciales de su benevolencia. Mr. Snodgrass había desaparecido. Fue preciso llamarle repetidas veces para determinarse á salir de ciertos corredores sombríos.

Miss Emilia entró poco tiempo después... y sus ojos, ordinariamente brillantes, estaban abatidos y tristes. En fin, los tres amigos lograron arrancarse de los brazos de sus amables huéspedes, y alejándose lentamente de la casa, miraron hacia ella enternecidos. Parece que mister Snodgrass lanzó innumerables besos al aire, al reconocer no sabemos que cosa blanca que se agitaba en una de las ventanas de la casa, hasta el momento en que la perdieron de vista por una vuelta del camino. Aquella cosa se parecía mucho á pañuelo de mujer.

En Muggleton tomaron nuestros viajeros el camino de Rochester, y cuando llegaron á este último sitio, comieron perfectamente y se dirigieron después, paseando, á Cobham.

Era una deliciosa noche del mes de julio. El camino, que serpenteaba á la sombra de un bosque, estaba ani-

mado por el canto de los pájaros y refrescado por el aliento del céfiro. La yedra trepadora y el musgo adornaban el tronco de los árboles viejos; la tierra estaba revestida de un verde césped tan delicado como un tapiz de seda. Al salir del bosque nuestros viajeros se encontraron en un parque abierto, en medio del cual se elevaba un viejo castillo construido con el singular y pintoresco estilo del tiempo de Isabel. Extensas perspectivas se admiraban por todos lados, en medio de las encinas gigantescas; numerosos rebaños de gansos pastaban la fresca hierba, y de tiempo en tiempo, una cierva asustada atravesaba el camino, lijera como la sombra de las nubes que se deslizan rápidamente sobre un paisaje inundado por la clara luz del sol.

—Si todos los que están afectados de la enfermedad de nuestro amigo se retiraran de este sitio, — dijo mister Pickwick mirando en torno suyo, — creo que renacería en ellos el apego al mundo.

—También lo creo, — dijo Mr. Winkle.

—Y realmente, — añadió Pickwick, — aunque elegido por un misántropo, este lugar me parece el más bello y alegre del mundo.

Al llegar al pueblo preguntaron por la *Botella de cuero*, y se encaminaron hacia una hostería de muy buena apariencia, y preguntaron si vivía allí uno llamado Tupman.

—Tom, — dijo la hostalera, — lleva á estos señores á la sala.

Los tres amigos entraron en una habitación larga y baja, cuyas paredes estaban embellecidas por estampas viejas y retratos groseramente iluminados. En el extremo de la sala había una mesa, notable por la extremada blancura del mantel. Había en ella una ave asada, un jamón apetitoso, una botella de cerveza fresca. En esta mesa estaba comiendo mister Tupman, con un ademán no muy propio de un hombre que se despide de este mundo.

Al llegar los amigos dejó su cuchillo, su tenedor y se acercó á ellos con aire sombrío.

—No esperaba veros aquí, — dijo tomando la mano á Mr. Pickwick.

—¡Ah! — dijo Pickwick sentándose y enjugándose el sudor de su frente. — Concluid vuestra comida y salid conmigo. Deseo hablaros á solas.

Mr. Tupman hizo lo que le mandaban, y Mr. Pickwick, refrescándose en un vaso de cerveza, esperó á que acabara de comer su amigo. En menos de una hora fué despachada la comida y salieron juntos.

Durante media hora se les vió pasear por el cementerio, mientras Mr. Pickwick combatía la resolución de

Tupman. Sería inútil repetir sus argumentos, porque ¿qué lenguaje podría traducir la energía de aquel gran orador? No es posible saber si Tupman estaba ya cansado de la soledad, ó si le fué imposible resistir la elocuencia de Mr. Pickwick. Lo cierto es que no se resistió.

Le importaba poco, según dijo, llevar aquí ó allí los miserables restos de su existencia, y puesto que sus amigos daban alguna importancia á su humilde cooperación, consintió en tomar parte en sus trabajos.

Mr. Pickwick sonrió; se estrecharon las manos y se reunieron á sus compañeros.

Entonces fué cuando Mr. Pickwick hizo el inmortal descubrimiento que será siempre un motivo de gloria para sus amigos y un motivo de envidia para todos los anticuarios del mundo. Habían pasado la puerta de la hostería, y no recordaban donde estaba situada. Al volver atrás, los ojos de Mr. Pickwick se fijaron en una piedra rota y medio sepultada en la tierra.

Mr. Pickwick se detuvo.

—Es particular, — dijo.

—¿Qué hay de particular? — preguntó Tupman, mirando con solicitud los objetos que le rodeaban, excepto aquel que no era objeto de la admiración de Pickwick. —¿De qué se trata?

—Hay aquí una inscripción, — dijo Mr. Pickwick inclinándose y limpiando la piedra con el pañuelo.

—¿Es posible? — dijo Tupman.

—Puedo distinguir, — continuó Pickwick frotándose con todas sus fuerzas y mirando atentamente al través de sus anteojos, puedo distinguir una cruz y una B, después más. Esto es muy importante, — continuó Pickwick levantándose. — Es una inscripción muy antigua. Es preciso recoger este hallazgo.

Habiendo hablado así, Mr. Pickwick llamó á la puerta de la cabaña y la abrió un labriego.

—Amigo, — le preguntó el filósofo en tono benévolo, —¿sabéis cómo se halla aquí esta piedra?

—No señor, yo no sé nada, — respondió el hombre políticamente. — Esto estaba así antes de que yo viniera.

Mr. Pickwick miró á sus compañeros con aire de triunfo.

—¿Vos no tendríais inconveniente en venderla? — dijo temblando de ansiedad.

—¡Ah! sí, ¿pero quién la compraría? — respondió el hombre.

—Os daré media guinea al instante, — respondió mister Pickwick, — si queréis retirarla de la tierra.

Cuando la pequeña piedra fué desarraigada, mediante algunos golpes de azada, Mr. Pickwick la levantó con sus propias manos con gran admiración de toda la aldea.

La llevó á la posada, y después de haberla lavado cuidadosamente, la puso sobre la mesa.

La alegría de los pickwickianos no tuvo límites viendo el éxito que tenía su paciencia y su asiduidad en lavar y rasguñar la piedra. Esta era angulosa, las letras mal alineadas y poco regulares; pero, sin embargo, se podía descifrar el siguiente fragmento de inscripción:

I
I
B I L
S T U M
P S S'
M A R K

Las pupilas de Mr. Pickwick resplandecieron de alegría cuando se sentó junto á la mesa contemplando el tesoro que había desenterrado. Había realizado el grande objeto de su ambición. En un condado célebre por contener su suelo muchos restos de la antigüedad, en una aldea donde existían aún objetos de los tiempos antiguos, el presidente del Club Pickwick había descubierto una extraña y curiosa inscripción de incontestable antigüedad, y que había escapado á todas las observaciones de todos los sabios que le habían precedido. Apenas creía la evidencia de sus ojos.

—Esto — dijo, — esto me determina. Volvemos á la ciudad mañana.

—¡Mañana! — exclamaron sus discípulos, llenos de admiración.

—Mañana, — repitió Pickwick. — Este tesoro debe ser entregado inmediatamente en una parte donde pueda ser convenientemente estudiado. Además, dentro de algunos días tiene lugar una elección en el pueblo de Eatanswill. Un caballero á quien últimamente he conocido, Mr. Perker, es agente de uno de los candidatos. Contemplaremos, estudiaremos minuciosamente una escena interesante para todo inglés.

—¡Iremos con vos! — exclamaron al mismo tiempo tres voces que parecían no formar más que una sola.

Mr. Pickwick paseó sus miradas en torno suyo. El interés, el fervor de sus discípulos encendieron en su seno el fuego del entusiasmo. Notó que les dominaba.

—Celebremos, — dijo, — celebremos esta reunión afortunada con libaciones amistosas.

Esta nueva proposición fué acogida con unánimes aplausos. Pickwick puso la piedra en una caja de pino, después la colocó en un sillón á la cabecera de la mesa,

y la noche toda se consagró á la alegría y á la conversación.

Eran más de las once, hora tardía para los habitantes del pueblecito de Cobham, cuando Mr. Pickwick se retiró á la alcoba que le habían preparado. Levantó la persiana, y poniendo la luz sobre la mesa, se entregó á profundas meditaciones acerca de los numerosos acontecimientos de los días precedentes.

Después de dar algunos paseos de la puerta á la ventana y de la ventana á la puerta, se acordó del manuscrito del viejo eclesiástico. Sacóle del bolsillo de su gabán, acercó una mesa á su lecho, despabiló la luz, se puso los espejuelos y empezó á leer. La letra era muy rara; el papel arrugado y manchado. El título del manuscrito produjo un escalofrío á Mr. Pickwick, y no pudo menos de lanzar una mirada inquieta á la habitación. Sin embargo, reflexionando en lo absurdo de dejarse dominar por semejantes ideas, despabiló de nuevo la luz y leyó lo que sigue:

Manuscrito de un loco

¡Sí, de un loco! ¡Cuánto horror me hubieran causado estas palabras hace algunos años! ¡qué espanto hubieran producido en mi corazón, haciendo hervir la sangre en mis venas hasta que mi frente se cubriera de sudor frío, hasta que mis rodillas flaquearan! Y, sin embargo, ahora amo este nombre, es un bello nombre. Mostradme un monarca cuya frente colérica haya causado alguna vez tanto miedo como la mirada brillante de un loco. ¡Oh! es gran cosa ser loco, el ser mirado como un león salvaje al través de las barras, rechinar los dientes y ahullar durante las noches silenciosas, y rodar sobre la paja al dulce son de la cadena. ¡Hurra por la casa de locos! ¡magnífico sitio!

Me acuerdo del tiempo en que yo tenía miedo de verme loco, en que yo me despertaba sobresaltado para caer de rodillas y pedir al cielo que me librara del azote de mi raza; en que yo me apartaba del regocijo y de la dicha para ocultarme en un rincón solitario, y consumir las horas en observar el progreso de la fiebre que devoraba mi cerebro. Yo sabía que la locura estaba mezclada en mi sangre y en la médula de mis huesos, que había pasado una generación sin que se apareciera en mi familia, y que yo era el primero en quien debía renacer. Yo sabía que había de suceder así, que siempre había sido y debía ser lo mismo, y cuando me aislaba en el ángulo de un salón lleno de gente, cuando veía á los convi-

dados hablar bajo y dirigir sus miradas hacia mí, yo sabía que hablaban del loco predestinado. Entonces yo salía de allí é iba á consumirme en la soledad, sumergido en mis tristes pensamientos.

He vivido así durante largos y penosos años. Aquí son largas las noches algunas veces, muy largas; pero no es esto nada comparado con las noches sin reposo, noches de espantosos sueños que me atormentaban en aquel tiempo. Me da frío el recordarlo. Grandes figuras sombrías vagaban por los muros de mi habitación, y durante las noches, sus rostros horribles y burlones se acercaban inclinándose sobre mí para hacerme perder el juicio. Me decían, murmurando en voz baja, que el suelo de nuestra vieja casa estaba manchado con la sangre de nuestro abuelo, vertida por sus propias manos en un acceso de furor. Yo metía los dedos en mis orejas con objeto de no oír, pero sus voces se elevaban como la tempestad y me gritaban que la locura había aparecido en mi familia con el abuelo de mi abuelo, el cual había vivido muchos años con las manos atadas en la tierra, para impedir que se destrozara así mismo. Yo sabía que esto era verdad, y lo había descubierto algunos años antes, aunque tenían empeño en ocultármelo. ¡Ah! era muy cuerdo entonces, aunque ellos me creyeran loco.

Al fin la locura se apoderó de mí y me admiré de haberla temido. Yo podía ir á todas partes, reír y bromear con todo el mundo. Yo sabía que estaba loco, pero ellos no sospechaban nada. ¡Cuánto gozaba yo en mi interior al ver sus ademanes de susto y al oír sus cuchicheos cuando no estaba loco y tan sólo temía volverlo á estar! ¡Cuánto reía hallándome solo, al pensar que yo guardaba tan bien mi secreto, al pensar en el terror de mis buenos amigos si hubiesen llegado á sospechar la verdad! Cuando yo me sentaba á la mesa en frente de un joven charlatán, mi placer era inmenso al pensar cómo se pondría pálido y cómo se escaparía al saber que el amigo que estaba sentado delante de él y afilando un cuchillo era un loco, con facultad para sepultarle el arma en el corazón. ¡Oh, qué deliciosa vida!

Heredé inmensas riquezas y me embriagué en los placeres, que hacía más intensos la conciencia del secreto que yo guardaba tan bien. Heredé un castillo: la ley de ojos de lince se engañó: puso en manos de un loco una fortuna prodigiosa. ¿Dónde estaba el juicio de los hombres sabios y perspicaces? ¿dónde la destreza de los hombres de ley; tan hábiles en descubrir los menores vicios de forma? La malicia de un loco los había engañado.

Yo tenía dinero. ¡Cuánto me obsequiaban! Yo lo gastaba profusamente. ¡Cuánto me elogiaban! Aquellos tres

hermanos orgullosos se humillaban ante mí. ¡Su viejo padre también, con su cabeza blanca! ¡cuánta deferencia, cuánto respeto, cuánta amistad! ¡verdaderamente me idolatraban! El viejo tenía una hija: los jóvenes tenían una hermana, y los cinco eran pobres, y yo era rico; y cuando me casé con la joven, ví una sonrisa de triunfo en los labios de sus ávidos parientes. Pensaban en su plan tan bien combinado, en la buena presa que habían hecho; yo era quien debía sonreír... sonreír... reír á carcajadas y rodar por tierra arrancándome los cabellos con clamores de alegría. No sospechaban que la habían casado con un loco.

Un momento... si ellos lo hubieran sabido, ¿se hubiera jugado la ventura de una hermana contra el oro de su marido, la más lijera pluma que vuela en el aire contra la enorme cadena que adorna mi cuerpo?

Sin embargo, en una cosa me engañé, apesar de toda mi malicia. Si yo no hubiera estado loco, (porque nosotros los locos, aunque somos generalmente bastante astutos, nos embrollamos alguna vez); si yo no hubiera estado loco, hubiera notado que la joven hubiera querido más estar metida inerte y rígida en un ataud de plomo, que vivir rica y noblemente casada, en un palacio fastuoso. Yo hubiera sabido que su corazón pertenecía al joven de los ojos negros cuyo nombre le oí pronunciar durante su sueño; yo hubiera sabido que se había sacrificado para socorrer la pobreza de su padre, el de los cabellos blancos, y de sus hermanos orgullosos.

Ahora no me acuerdo de las fisonomías, pero sé que la joven era bella, yo lo sé; porque durante las noches en que brilla la luna, cuando me despierto sobresaltado y está todo tranquilo en torno mío, veo en un rincón de esta celda una figura delgada y blanca, que permanece inmóvil y silenciosa; sus largos cabellos negros, esparcidos sobre sus hombros, no son nunca agitados por el viento; sus ojos, que clavan en mí una mirada abrasadora, no pestañean y no se cierran nunca. ¡Silencio! ¡mi sangre se hiela en mi corazón al escribir esto! ¡este rostro es bello! ¡su rostro es muy pálido y sus pupilas vidriosas, pero la conozco bien! Esta figura no se mueve, no frunce las cejas, no rechina los dientes como otros fantasmas que aparecen en mi celda, y, sin embargo, me parece más horrible que los espíritus que me asediaban en otro tiempo, ella sale de su tumba, y la muerte está en su rostro.

Durante un año ví decaer de día en día los colores de sus mejillas, ví correr lágrimas silenciosas de sus ojos abatidos. Yo no sabía la causa, pero la descubrí al fin. Ellos no pudieron ocultármelo por mucho tiempo. Ella no me había amado nunca; yo no había pensado que

ella me amara; despreciaba mis riquezas y detestaba el esplendor en que vivía; yo no había contado con esto; ella amaba á otro: esta idea no entró jamás en mi cabeza. Extraños sentimientos se apoderaron de mí: pensamientos inspirados por un poder secreto trastornaron mi cerebro. Yo no la aborrecía, aunque aborreciese al joven que ella lloraba todavía. Yo tenía lástima... sí, le tenía lástima por la vida miserable á la cual sus parientes egoistas la habían condenado. Yo sabía que ella no viviría mucho tiempo; pero el pensamiento de que antes de su muerte podía dar la vida á un ser desgraciado, destinado á transmitir la locura á sus hijos... esta idea me determinó... y resolví matarla.

Durante una semana quise ahogarla, después pensé en el veneno, después en el fuego. ¡Qué bello espectáculo ver la gran casa rodeada por las llamas, y la mujer del loco reducida á cenizas! ¡qué bueno prometer una gran recompensa al que la salvara, y después ahorcar como incendiario á un hombre cuerdo é inocente! ¡Y todo esto por la malicia de un loco! Pensé en esto mucho, pero renuncié al fin. ¡Oh! ¡qué placer examinar todos los días la navaja de afeitar, ver si estaba afilada, probarla y pensar en el tajo que podía dar un sólo golpe de aquella hoja brillante!

Al fin, los espíritus que por tanto tiempo me habían acompañado, me dijeron al oído que el momento había llegado. Me pusieron una navaja abierta en la mano; yo la agarré con fuerza: me levanté suavemente de la cama y me acerqué á mi mujer adormecida. Tenía el rostro oculto entre las manos; yo las aparté poco á poco, y cayeron con negligencia sobre su seno. Había llorado; las huellas de sus lágrimas se veían sobre sus pálidas mejillas; sin embargo, su aspecto era sereno y feliz, y mientras yo la miraba, una tranquila sonrisa iluminó sus facciones demacradas. Puse suavemente mi mano sobre su hombro; ella se estremeció, pero sin abrir sus párpados. La toqué de nuevo; entonces lanzó un grito y se despertó.

Un movimiento de mi mano, y su garganta no hubiera articulado otro sonido; pero fui sorprendido, y retrocedí. Sus ojos se fijaron en los míos. No sé en qué consistió que me intimidaron; me sentí dominado por su mirada. Se levantó de su cama mirándome fijamente. Yo temblé; la navaja estaba en mi mano, pero yo no podía hacer ningún movimiento. Se dirigió hacia la puerta. Cuando estuvo cerca de llea, apartó los ojos de mí; el encanto había desaparecido: yo di un salto y la así por el brazo: ella cayó en tierra dando gritos desesperados.

Entonces hubiera yo podido matarla sin resistencia; pero la casa se había alarmado. Yo sentí pasos en la es-

calera. Puse la navaja en su sitio, abrí la puerta y pedí yo mismo socorro.

Vinieron, la levantaron y la colocaron en su lecho. Permaneció sin conocimiento algunas horas, y cuando recobró la palabra, había perdido el juicio, deliraba con furiosos accesos.

Fueron llamados los médicos... estuvieron junto á su lecho durante semanas enteras. Hubo una gran consulta, y conferenciaron juntos con voz solemne. Yo estaba en la habitación inmediata: uno de los más famosos entre los que allí estaban se acercó á mí, me llevó aparte, y diciéndome que me preparara á recibir una funesta noticia, me dijo á mí, ¡al loco!... que mi mujer estaba loca. El doctor estaba solo conmigo junto á una ventana abierta, fijos sus ojos en mi cara, puesta la mano sobre mi brazo. Con un solo esfuerzo lo hubiera podido precipitar en la calle; pero por no comprometer mi secreto, le dejé partir sano y salvo. Algunos días después me dijeron que yo debía hacer que la vigilaran, escogerle un guardián; ¡yo! Me fui al campo, donde nadie podía oírme, y lancé terribles carcajadas, que retumbaron en el espacio.

Ella murió al día siguiente. El viejo de los cabellos blancos siguió su féretro, y los hermanos orgullosos derramaron lágrimas sobre el cuerpo insensible de aquella cuyos sufrimientos habían presenciado con corazón de acero. Todo esto alimentaba mi secreta alegría, y volviendo á la casa, reí detrás del pañuelo blanco con que ocultaba mi rostro, reí tanto, que las lágrimas asomaron á mis ojos.

Pero aunque yo había conseguido mi objeto matándola, estaba inquieto y agitado. Yo presentía que mi secreto había de descubrirse pronto. Yo no podía ocultar la alegría salvaje que hervía en mi sangre, y que cuando estaba solo en la casa, me hacía saltar, y batir palmas, y bailar, y dar vueltas, y rugir como un león. Cuando yo salía y veía la inquieta multitud en las calles ó en el teatro, cuando oía los sonos de la música, cuando miraba los danzantes, sentía tanta dicha, que estaba tentado á precipitarme en medio de ellos y arrancarle sus miembros pedazo á pedazo, y aullar con los instrumentos. Pero entonces rechinaba los dientes, golpeaba con el suelo, enterraba mis uñas en mis manos, y dominaba mi locura, y nadie sospechaba que yo era un loco.

Me acuerdo... (aunque esta sea una de las últimas cosas de que puedo acordarme... porque ahora confundo mis sueños con los hechos reales, y tengo tantas cosas que hacer aquí, y estoy tan ocupado, que no tengo tiempo de poner en orden esta confusión); me acuerdo de cómo estalló al fin la locura. ¡Ah! me parece que veo

aun sus miradas de espanto. ¡Con cuánta facilidad los rechacé lejos de mí! ¡cómo herí sus rostros con mis puños cerrados, y cómo escapé con la velocidad del viento, dejándoles aullar y gritar muy lejos detrás de mí! La fuerza de un gigante renace en mí cuando me acuerdo. Mirad aquí como se dobla esta barra de hierro, empujada por mi fuerza furiosa. Podría romperla como una caña, pero hay largas galerías con muchas puertas; y creo que no podría encontrar mi camino; y aun cuando pudiera encontrarlo, hay abajo rejas de hierro que están cuidadosamente cerradas, porque saben que soy un loco astuto. Tienen orgullo en mostrarme á los visitantes.

Veamos... sí, eso es... yo salí, la noche estaba avanzada cuando volví á la casa, y encontré al más orgulloso de los tres hermanos, que me esperaba para verme. Asunto urgente, dijo, me acuerdo bien. Yo aborrecía á aquel hombre con todo el odio de un loco. Algunas veces había deseado ardientemente hacerle pedazos. Me dijeron que estaba allí. Subí rápidamente la escalera. Tendría que decirme una palabra. Hice salir á los criados.

Era tarde y nos encontrábamos juntos y solos *por primera vez*.

Al principio aparté de él los ojos, porque yo sabía lo que él no sospechaba, y me glorificaba de saber... que el fuego de la locura brillaba en mis ojos. Permanecimos sentados en silencio durante algunos minutos. El habló al fin. Mis disipaciones recientes, verificadas después de la muerte de su hermana, eran un insulto á su memoria. Recordando muchas circunstancias que al principio habían escapado á su observación, él pensaba que yo no había tratado bien á la difunta. Deseaba saber si debía deducir que yo quería hacer á mi esposa muerta alguna inculpación, faltando así al respeto debido á su familia. El uniforme que llevaba le ponía en el caso de pedirme esta explicación.

Aquel hombre tenía un empleo en el ejército, un empleo comprado con mi dinero, con la miseria de su hermana. El era el más empeñado en el complot para casarme con ella y apropiarse mi fortuna. Por él y para él fué su hermana obligada á desposarse, aunque él sabía muy bien que su corazón pertenecía al joven sentimental. *Su uniforme le obligaba á pedirme, una explicación.* Su uniforme, la librea de su degradación. Clavé en él mis ojos; no los pude resistir, pero no dije una palabra.

Ví el cambio repentino que mi mirada produjo en él. Era un hombre atrevido. Apartó su silla hacía atrás, acercó la mía, y habiendo yo empezado á reír (estaba muy alegre entonces), le ví estremecerse. Sentí que la locura se apoderaba de mí. El tuvo miedo.

—¿Amábais mucho á vuestra hermana cuando vivía? — le dije yo. — ¿La amábais mucho?

El miró con inquietud en torno suyo, y su mano derecha asió fuertemente el espaldar de la silla. No respondió.

—¡Miserable! — exclamé, — ya os he descubierto. Ya he descubierto vuestro infernal complot contra mí. Yo sé que su corazón pertenecía á otro cuando la obligásteis á casarse conmigo; lo sé.

El se levantó bruscamente, levantó la silla y me gritó que retrocediera, porque yo me había acercado á él hablando.

Yo aullaba más bién que hablaba, y sentía bullir en mis venas el tumulto de las pasiones. Yo oía la voz de los espíritus que me decían que le arrancase el corazón.

—¡Condenación! — exclamé precipitándome hacia él. — ¡Yo he matado á tu hermana! ¡Estoy loco! ¡Muerte, muerte! ¡Sangre, sangre! ¡Yo tendré tu sangre!

Aparté la silla que me lanzó en su terror: me enlacé á él cuerpo á cuerpo, y los dos rodamos por el suelo.

Fué soberbia la lucha, porque él era grande y fuerte; luchaba por su vida. Yo era un loco potente, sediento de venganza. Yo sabía que ninguna fuerza humana podía igualar á la mía, y yo tenía razón ¡razón! ¡razón! aunque loco. Su resistencia se debilitó: yo me arrodillé sobre su pecho, estreché fuertemente entre mis manos su cuello musculoso; su rostro se puso morado, los ojos le salían de la cabeza, sacaba la lengua como si quisiera burlarse de mí. Yo apretaba cada vez más fuerte.

De repente la puerta se abrió con gran estrépito; muchas personas se precipitaron en la habitación gritando: ¡detened el loco! Mi secreto estaba descubierto: era preciso luchar por la libertad. Me levanté antes que ninguno pudiera asirme. Lancéme entre los concurrentes y me abrí paso con un empuje vigoroso. Caían todos delante de mí, como si yo los golpeara con una maza. Llegué á la puerta; en un momento me encontré en la calle.

Corría, nadie se atrevía á detenerme. Oí ruido de pasos detrás de mí y redoblé la velocidad. Aquel ruido se iba debilitando á medida que yo avanzaba, y al fin se estinguió completamente. Yo saltaba por encima de arroyos y charcos, por encima de murallas y fosos, lanzando salvajes gritos, que eran repetidos por los séres extraños que me rodeaban. Los demonios me llevaban en sus brazos enmedio de un huracán que derribaba al pasar tapias y árboles; me arrastraban en torbellino, y yo no veía nada en torno mío; tan aturdido estaba por el ruido y la rapidez de mi carrera. Allí me lanzaron lejos de sí y caí penosamente en tierra.

Cuando desperté me encontré aquí... aquí, en esta alegre celda, donde los rayos del sol llegan rara vez donde los rayos de la luna, si alguna vez llegan, no sirven sino para hacerme ver mejor las sombras amenazadoras que me rodean y aquella figura silenciosa, siempre de pie en aquel rincón. Cuando despierto puedo oír extraños alaridos, gemidos horribles que retumbaban en las viejas murallas. Ignoro lo que es esto; pero los gemidos no parten de aquella pálida figura, ni tienen relación alguna con ella, porque desde las primeras sombras del crepúsculo hasta las luces materiales de la aurora, ella permanece inmóvil en el sitio, escuchando la armonía de mis cadenas de hierro y contemplando mis movimientos sobre mi lecho de paja.

Al fin del manuscrito estaba escrita de otra letra la nota siguiente:

«El desgraciado cuyos delirios se acaban de leer, es un triste ejemplo del resultado que pueden tener las pasiones desenfrenadas y los excesos prolongados hasta que sus consecuencias son irreparables. La disipación, los extravíos frecuentes de su juventud le acarrearón la fiebre y el delirio. El primer efecto de éste fué la extraña ilusión por la cual se persuadió de que existía en su familia una locura hereditaria. Esta idea, fundada en una teoría médica muy conocida pero combatida tanto como apoyada, produjo en él un humor atrabiliario, que con el tiempo degeneró en locura y terminó al fin por el furor. Creo que los acontecimientos referidos por él han pasado realmente, aunque han sido desfigurados por su imaginación enferma. Lo que debe admirar más á los que no tienen conocimiento de sus vicios es que sus pasiones, cuando no estaban sujetas por la razón, no le indujeran á cometer crímenes aun más horribles.»

La vela de Mr. Pickwick se apagaba precisamente en el momento en que acababa de leer el manuscrito del viejo eclesiástico; y como la luz se extinguió de repente, la obscuridad súbita hizo una profunda impresión en sus nervios ya excitados. Se estremeció y sus dientes se chocaron de terror. Quitándose los vestidos, lanzó alrededor una mirada temerosa y se metió prontamente entre sábanas no tardando en dormirse.

Cuando despertó la mañana estaba avanzada. La tristeza que había abatido por la noche á nuestro héroe se había disipado con las sombras que oscurecían el paisaje; todos sus pensamientos eran tan alegres y felices como la mañana misma. Después de un sólido al-

muerzo, los cuatro filósofos, seguidos por un hombre que llevaba la piedra en una caja de pino, se dirigieron hacia Gravesend, donde habían enviado el equipaje desde Rochester. Llegaron á Gravesend á la una, y habiendo encontrado sitios en la imperial del coche de Londres, llegaron allí salvos y sanos por la noche.

Los tres ó cuatro días siguientes fueron empleados en los preparativos necesarios para el viaje al pueblo de Eatanswill; pero como esta importante empresa exige un capítulo aparte, emplearemos las pocas líneas que nos restan en contar con brevedad la historia de la antigüedad descubierta por Mr. Pickwick.

Resulta de las memorias del Club, que Mr. Pickwick habló de su descubrimiento en una reunión que tuvo lugar al día siguiente de su llegada, y llevó el espíritu encantado de su auditorio á una multitud de especulaciones ingeniosas y eruditas, relativas al sentido de la inscripción. Parece también que un artista hábil hizo el dibujo que fué grabado en piedra y presentado á la sociedad real de anticuarios de Londres y á otras sociedades de sabios; que de las opiniones emitidas con este objeto nacieron envidias y rivalidades sin número; que Mr. Pickwick mismo escribió un folleto de noventa y siete versiones diferentes de la inscripción; que tres viejos, cuyos hijos primogénitos se habían atrevido á poner en duda la antigüedad de la piedra, los privaron de su herencia; que Mr. Pickwick fué elegido miembro de diez y siete sociedades de sabios por haber hecho tal descubrimiento; que ninguna de las sociedades de sabios pudo sacar nada en limpio de la inscripción; pero todas estuvieron acordes en reconocer que no existía nada más curioso.

Es cierto que Mr. Blotton, y su nombre será relegado al eterno olvido por todos los amantes de lo misterioso y lo sublime, Mr. Blotton, suspicaz y díscolo como todos los caracteres vulgares, se permitió considerar la cosa bajo un punto de vista tan degradante como ridículo. Con el vil intento de oscurecer el brillante nombre de Pickwick, emprendió en persona un viaje á Cobham. A su vuelta declaró irónicamente ante el Club que había visto al hombre cuya piedra había sido comprada; que este individuo la creía antigua, pero que negaba solemnemente la antigüedad de la inscripción, y aseguraba haber grabado él mismo en un instante desocupado aquellas letras groseras que significaban:

Bill
Stumps
Su
Marca

Mr. Blotton añadía que Stumps, dejándose guiar por el sonido de las palabras más que por las reglas severas de la ortografía, había puesto una l en vez de un ll y había reemplazado por una k la c de *marca*.

Los ilustres miembros del Club Pickwick, como era de esperar de tan sabia sociedad, recibieron esta historia con el desprecio que merecía, arrojaron de su seno al ignorante y presuntuoso Blotton y votaron á mister Pickwick el regalo de unos espejuelos de oro, como prenda de admiración y confianza. Para pagar este prueba de aprobación, Mr. Pickwick se hizo pintar en pie, é hizo colgar su retrato en la sala de sesiones del Club, retrato que, entre paréntesis, le representaba mucho menos joven de lo que realmente era.

Mr. Blotton fué expulsado, pero no se dió por vencido. Dirigió á las diez y siete sociedades un folleto, en el cual repetía la historia que había dicho y dejaba comprender muy claramente que miraba como papamoscas á los miembros de las diez y siete sociedades susodichas.

Al ver esta proposición mal sonante, las diez y siete sociedades se llenaron de indignación. Aparecieron nuevos folletos. Las sociedades sabias del extranjero correspondieron con las sociedades sabias nacionales. Las sociedades sabias nacionales tradujeron al inglés los folletos de las sociedades extranjeras. Las sociedades extranjeras tradujeron á todos los idiomas los folletos de las sociedades sabias de Inglaterra, y así comenzó aquella lucha científica, tan conocida en todo el universo con el nombre de *controversia pickwickiana*.

Sin embargo, los esfuerzos calumniosos destinados á perder á Mr. Pickwick cayeron sobre la cabeza de su desgraciado autor. Las diez y siete sociedades de sabios votaron unánimemente que el presuntuoso Blotton era un ignorante, y escribieron contra él innumerables opúsculos; en fin, la piedra subsiste todavía, monumento ilegible de la grandeza de Mr. Pickwick y de la pequeñez de sus detractores.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
SAN ANTONIO, MEXICO

Contiene una importante determinación de Mr. Pickwick, que hace época en su vida, lo mismo que en esta verídica historia.

Aunque la casa de Mr. Pickwick estaba en la calle de Gosswell, era pequeña, era cómoda y limpia, y sobre